

DESTIERRO A EGIPTO

DIA DIEZ Y OCHO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Tollens se angelus Domini qui præcedebat, abiit, et cum eo pariter columna nubis illuminans noctem.

Exod., XIII, 21.

Audient Ægyptii et habitatores terræ hujus quod tu, Domine, in populo isto sis, et facie videaris ad faciem, et nubes tua protegat illos, et in columna nubis præcedas eos per diem, et in columna ignis per noctem.

Num., XIV, 13-14.

Eripiet vos de manu inimicorum; reducet autem vos cum gaudium et jucunditate in sempiternum.

Baruch, IV, 22-23.

Scapulis suis obumbrabit tibi, et sub pennis ejus sperabis. Sento circumdabit te veritas ejus; non timebis a timore nocturno; a sagitta volante in die, a negotio perambulante in tenebris, ab incurso et damonio meridiano.

Psal., XC, 4-5.

Non accedet ad te malum; quoniam angelis suis mandavit de te ut cus-

todiant te in omnibus viis tuis. In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.

Ibid., 10-11.

Hospitalitatem nolite oblivisci, per hanc enim placuerunt quidam, angelis hospitio receptis.

Hebr., XIII, 2.

Via hæc polluta est, sed et ipsa hodie sanctificabitur.

I Reg., XXI, 5.

Dixit angelus: Sanum ducam, et sanum reducam filium. Bene ambuletis et sit Deus in itinere vestro, et angelus ejus comitetur vobiscum.

Tob., V, 20.

Lætabitur deserta et in via; et exultabit solitudo, et florebit quasi lilium. Germinans germinabit, et exultabit lætabunda et laudans: ipsi videbunt gloriam Domini et decorem Dei nostri.

Isa., XXXV, 1.

Expectatio Israël, salvator ejus in tempore tribulationis; quare quasi colonus futurus es in terra, et quasi viator declinans ad manendum? quare futurus es velut vir vagus, ut fortis qui non potest salvare?

Jerem., XIV, 8.

Angelus Domini apparuit in somnis Joseph dicens: Surge et accipe puerum et matrem ejus et fuge in Ægyptum; et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim ut Hærodes quærat puerum, ad perdendum eum.

Math., II, 13.

Qui consurgens accepit puerum et matrem ejus nocte, et recessit in Ægyptum.

Ibid., 14.

Descende in Ægyptum; ego descendam tecum illuc, et inde adducam te revertentem.

Genes., XLVI, 4.

Pertransierunt ad populum alterum, non reliquit Deus hominem nocere eis.

Psal., CIV, 14.

Non vestro consilio, sed Dei voluntate huc missus sum.

Genes., XLV, 8.

ARTÍCULO II LOS PADRES

I. Sombría era la noche cuando tomaron precipitadamente el camino de Egipto. Contemplad atentamente la precipitación con que sacan de su cuna al Niño que estaba dormido. ¿No habrá quien se apiade de estos esposos? Deteneos en el umbral de esta casa y ved los preparativos de marcha que se están haciendo; esto os ofrecerá mil motivos para que meditéis. ¡Cuántas angustias oprimen el corazón de María y el de José, al ver que se amenaza la vida de su Hijo amado! ¿Podían temer un peligro mayor que éste? Su dolor no tenía límites. (*S. Bonav. Medit. vit. Christ. 12*).

II. No era pequeña su aflicción al tener que dirigirse á un país lejano que no conocían, caminando por lugares que no podían atravesar sino con grandes dificultades. María, á causa de su juventud, y José, á causa de su vejez, sin contar con que debían cargar al Niño que no tenía más que dos meses, y que debían ir á un país extranjero y careciendo de recursos. Ya se ve, pues, que abundaban en amarguras. (*Id. Ibid.*)

III. El ángel pudo haberles hablado con algún miramiento para que su viaje no fuese una huída. El cambio de lugar hubiera sido entonces espontáneo y no obligatorio, hubiera sido efecto de la reflexión y no la presión del temor, un acto de sabiduría humana ya que no un acto de previsión divina. Pero la orden que recibieron fué de huída,

da, y la orden les vino del cielo, y fué transmitida por un ángel, de modo que se ve uno tentado de decir que el cielo se alarmó antes que la tierra. Tomad el Hijo y la Madre, y huid á Egipto. Id, sí, id á Egipto, lejos de vuestra casa y entre extranjeros; dejad la nación santa para ir á un pueblo que os detesta porque son paganos; dejad vuestro templo para ir al templo del demonio; dejad el país de los santos para ir á la tierra clásica de los ídolos. (*S. Petr. Chrisol., de Fuga in Egypt. serm., 151*).

IV. No es bastante extensa la Judea para ocultarle, y falta tiempo para perderlo en preparativos. La sombra del santuario no les ofrece un asilo bastante seguro, ni son bastante fuertes para defenderle los sacerdotes todos reunidos. No pueden protegerles sus parientes, que están diseminados, y es preciso ir al pagano Egipto para salvar al Dios á quien quieren dar la muerte. Tan apremiante es el caso, que no hay lugar para tomar las precauciones que requiere la edad de la Virgen, las fatigas de la madre, la debilidad de su sexo, los peligros que puede correr José, lo largo del viaje y el destierro de la familia toda. Y lo peor de todo era considerar que unos judíos debían emprender un viaje entre gentiles, los cuales en materia de religión nada tienen con ellos de común, y por mejor decir, no tienen sentimiento alguno religioso.

V. ¡Cuán duro es el destierro, aun en la misma nación y entre amigos! Sólo se comprenden las dulzuras del hogar cuando se ha vivido largo tiempo en casa extraña. ¿No está escrito, oh Señor, que vos sois nuestro refugio? Si el que es refugio de los demás se ve obligado á huir, si la fuerza entra en temor, si el auxilio se va, que será de la esperanza, de la seguridad y de la protección? Una pobre viuda bastó para salvar á Elías de las emboscadas que le tendía un rey independiente, y no es bastante toda la Judea para poner á Jesucristo al abrigo de las amenazas de Herodes. Elías hizo quemar con el fuego del

cielo á los enviados que le insultaban, y Jesucristo sólo huyendo puede salvarse del furor de los que le persiguen. —(Id. *Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTOS

Obediencia sin límites.
Resignación admirable.

I. Obediencia sin límites.

Levántate, dice el ángel á José, toma al Niño y á la Madre y huye á Egipto. Pesad estas palabras y veréis que todas inspiran horror. *Levántate*, no pierdas un instante, urge. No le dice, vete, sino *huye*. El ángel mismo está como temeroso del peligro que corre el Niño, y según San Pedro Crisólogo, parecía que el cielo estaba aterrizado antes que la tierra.

La obediencia de María y de José sufrieron una prueba muy grande.

Huíd apresuradamente á Egipto. Pero ¿por qué no esperan siquiera que amanezca? No tienen víveres ni recursos para viajar, y el país donde han de dirigirse está muy lejos. Además, es un país de idólatras donde se levantan muchos altares á los falsos dioses. Largo es el viaje, carecen de guía y pueden extraviarse en el desierto. Huyen, es verdad, de un peligro, pero no es sino para correr en pos de otros muchos.

¿Sabéis lo que contesta á todo esto el Evangelio, hermanos míos? José tomó al Niño y á la Madre y se retiró á Egipto.

II. Resignación admirable.

¡A cuántas pruebas se ven sometidos María y José! Esta es la espada profetizada por Simeón. El Evangelio dice que María y José no habían comprendido estas pa-

labras del santo anciano, *Non intellexerunt*. Desde este momento comienzan á comprender que donde entra Jesús entra con su cruz y todas las contradicciones que deben acompañarla. Antes de que naciera, ambos vivían pobremente, es cierto, pero con tranquilidad, ganando su vida con el trabajo de sus manos. Pero tan pronto como nació Jesús perdieron el reposo. Mas no se quejan ni murmuran porque se someten á las órdenes del cielo y se conforman por completo con la voluntad de Dios. Se conforman con salvar como á un niño común á Aquél que nació de una manera tan maravillosa y que vino al mundo para salvar á los hombres. Se salva á Jesús de la espada de Herodes, pero no puede salvarse María de la espada predicha por Simeón.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. ¿Qué dirás tú, oh judío, tú que siendo el primero, pasas á ser el eterno? Los egipcios y los asirios son antes que tú, y luego sigue Israel el primer nacido. "En aquel día será Israel el tercero para el egipcio y para el asirio: la bendición será en medio de la tierra, á la cual bendijo el Señor de los ejércitos, diciendo: Bendito mi pueblo de Egipto, y al asirio, obra eres de mis manos: mas mi heredad es Israel." (Isa., XIX, 24, 25). Primero vendrán los asirios, porque fueron los primeros que adoraron en la persona de los magos. Los egipcios después de los asirios, porque le recibieron al huir de la persecución de Herodes. Israel se contará el último, porque después de la salida del Jordán le reconocieron en las personas de los apóstoles. Entró en Egipto derrumbando los ídolos hechos por mano de los hombres después de haber hecho morir á los primogénitos de los Egipcios. Por esto se presenta hoy como primogénito para que desaparezca el antiguo duelo.

Que será llamado el primogénito, lo atestigua San Lucas evangelista, diciendo: "Y parió á su Hijo Primogénito y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón." (Lucas, II, 7). Entró en Egipto para poner término al antiguo luto, llevando consigo el gozo y no meras plagas, y la luz y la salud en vez de la noche y las tinieblas. Los egipcios, sobre quienes pesaban en otro tiempo diversas plagas, se abandonaron al furor y desconocieron á Dios. Mas El entró en Egipto y llenó del conocimiento de Dios las almas religiosas que había allí, de modo que la tierra regada por el Nilo debía contar en breve con

mayor número de mártires que de espigas de trigo.—(S. Joan Christost., *Hom. in. Nat. Dom.*)

II. No bien José y María se hallaron de vuelta en la baja Galilea, cuando se vieron compelidos á emprender otro viaje más largo y peligroso, y cuyo término era la tierra del destierro. Una noche el ángel del Señor se apareció en sueños á José, y le dijo: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, vé á Egipto, y permanece allí, hasta tanto que yo te avise que es tiempo de volver, porque Herodes busca al Niño para matarlo.» A estas palabras levantóse José espantado, adoró al Señor y corrió á despertar á María, que dormía el sueño dulce y ligero de los ángeles, cerca de la cuna de su hijo. La joven Madre comprendió desde luego la necesidad de apresurar esta pronta y oculta marcha. Arroja sobre su hijo una mirada llena de angustia, reúne á toda prisa algunas provisiones, algunos lienzos y vestidos de que tenían necesidad en su fuga, después de lo cual, precedida de José y llevando á Jesús en sus brazos, se alejan los santos viajeros de su ciudad natal, en donde todo reposa á la tenue claridad de los astros nocturnos.

Las profecías de Simeón empezaban á verificarse demasiado pronto. Apenas había nacido Jesús, la persecución de un tirano venía á buscarlo en su cuna; y su Madre, tan pura, tan joven y tan santa, se veía obligada á huir durante la noche cual un criminal, acompañada de un hombre de caballos blancos, que no podía oponer sino la resignación y la súplica á la lanza del árabe emboscado en los desfiladeros de las montañas, ó á la persecución homicida de los soldados de Herodes: habían dicho que Dios mismo abandonaba á su suerte á esta Santa Familia, porque al intimar su enviado á José la orden de partir, no le había prometido como en otro tiempo el ángel Rafael al joven viajero de Ragés, el resguardarlos de todo daño y peligro durante el viaje. El esposo de la Virgen comprendió que no habiendo llegado el momento solemne de la manifestación del Cristo, Dios quería salvarle de las asechanzas de Herodes por los medios comunes que adopta la prudencia humana. A José, pues, se remitía todo el cuidado y todo el honor de esta difícil empresa; á el proletario pobre y oscuro, el trastornar los planes, deshacer las tramas y engañar la suspicaz vigilancia de un tirano receloso, hábil y servido por sus emisarios como un despota de Oriente. ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar si tenían algún fatal encuentro en el camino de Jerusalén? La pronta partida de los magos había despertado las sospechas de Herodes, y estas sospechas se habían robustecido con las palabras de Ana y de Simeón: investigaciones ocultas, las sordas pesquisas empezaban ya, y nadie podía decir hasta dónde llegaría el príncipe sanguinario que prodigaba el oro con profusión en las manos enrojeadas del asesino. Cuanto más José profundizaba este pensamiento, tanto más presentía una medida horrible, cuyo vago terror le enfriaba la sangre en las venas. María, por su parte, pálida y muda como la muerte, paseaba sus tímidas miradas por las profundidades de los valles, por entre la espesura de los bosques, ó á lo largo de las sinuosidades solitarias del sendero pedregoso y difícil que José había escogido como el más seguro y el más apartado de las habitaciones de los hombres. La luna alum-

braba con la luz pálida y melancólica aquella marcha silenciosa, que una hermosa noche oriental ocultaba bajo sus velos azulados.—(Orsini, *La Virgen*).

III. Reinaba aún la mala estación, y al atravesar la Palestina, se vió obligada la Santa Familia á escoger los caminos más solitarios y escabrosos. ¿Dónde se refugiará en las noches? ¿Qué lugares escojerán durante el día para ponerse al abrigo del sol y descansar de sus fatigas? ¿En qué parte encontrará los alimentos que le son necesarios para reparar sus decaídas fuerzas?—(S. Bonav. de *Vita Christi*).

IV. Fecundo asunto ha sido éste siempre en la Iglesia para la poesía y el arte, no menos que abundante manantial de contemplación y de lágrimas para las almas piadosas, pues no sólo es de suyo misterio singularmente bello, sino que los gentiles se han complacido en tenerle, después de la Epifanía, por el comienzo de la conversión obrada en ellos por Nuestro Señor. En efecto, vemos aquí á Jesús huir de su pueblo para refugiarse en una comarca pagana, y santificar allí con su presencia la tierra misma que desde antiguo había sido principal enemiga de su raza, y era entonces modelo típico de todas las formas de la idolatría.....

La sombra nocturna velaba silenciosa la aldea de Nazareth cuando la Sacra Familia partía de ella. Jamás, ni por el santo más heroico ni por el ángel más obediente, se había cumplido el mandato de Dios con la prontitud que éste lo fué por María. En oyendo las palabras de José, respondióle con muda sonrisa: y sin turbación ni apresuramiento, bien que llena de maternal solicitud, levantó á su tesoro del lecho en que dormía, y sin otro preparativo, porque su pobreza no le necesitaba, salió con José guiada por la pálida luz de las estrellas. Hela allí dejando otra vez su humilde morada y pensando con la serena tristeza de un corazón dolorido en todas las dificultades, trabajos y peligros, primero de aquel viaje, y luego de su residencia en tierra de paganos.—(Faber, *María al pie de la Cruz*, cap. III).

V. Pero en tan gran eclipse de la divinidad, ¿no habrá algún rayo de gloria, algún prodigio, algún testimonio que venga á realzar esta debilidad de Jesús y salvar el honor de su adorable nombre, como lo hemos visto en su nacimiento y presentación? Nada menos. Al contrario, como para retirarle la gloria de estos precedentes testimonios, dice el Evangelio con una verdad que desespera: *Y levantándose José, tomó al Niño y su Madre por la noche y se retiró á Egipto.* ¿Veis ese pobre niño á quien una mujer trémula, conducida por un anciano, se lleva, por la noche, lejos de sus hogares, con toda la precipitación del miedo y toda la desnudez del destierro? Es Aquél de quien dijo el ángel á María: *Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y su reino no tendrá fin.* Aquél de quien la misma María ha dicho: *Mostró la valentía de su brazo; dispersó á los soberbios; derribó á los poderosos,* y de quien Simeón acaba de decir: *Este ha venido para la ruina y la resurrección de muchos y para ser en presencia de todos la luz que alumbrá á todas las naciones.* ¡Oh desmentida de tan altas predicciones! ¡Oh aborto de tan gran destino!—(Nicolás, *La Virgen*, según el Evangelio, cap. XIV, § 2).

VI. Al ver así comprometida la causa celestial, el espíritu humano se confunde, se pierde el aliento, la inteligencia se resiente, la fe decae, la esperanza vacila, y se duda al ver á Dios huyendo del hombre, al cielo temblar ante las amenazas de la tierra y manifestado el miedo del Padre en la huida del Hijo.

Cuando un guerrero valeroso huye el combate, ó teme ó pone en práctica una estratagema. Cuando Dios huye al hombre, nos hace ver, no su miedo, sino un sacramento. Cuando se retira ante un enemigo, no es porque teme que le venza, sino porque quiere hacerle salir, quiere vencerle abiertamente y obtener sobre él un público triunfo. Por esto es por lo que huye Jesucristo. Más bien que huir de Herodes lo que procura es que llegue su tiempo —(S. Pedro Chrysólogo, *serm.* 170).

VII. Advertido José por el ángel va al encuentro de María que oraba según estas palabras de David: "Me levantaba en medio de la noche." Tocó José á la puerta que se abrió desde luego, y grande fué la admiración de la Virgen al ver á su casto esposo anegado en llanto. —"¿Por qué lloráis así, le pregunta, cuando tantos motivos tenemos para regocijarnos, puesto que está con nosotros el Hijo de Dios cuyo guardián sois vos?—Alejémonos aprisa, exclama San José, porque Herodes quiere matar á vuestro Hijo." ¿Quién no se hará cargo de la tribulación de María al oír estas palabras? Amenazan de muerte á su Hijo, y debe huir á Egipto.—(S. Vicente Ferrer, *serm.* 2 de Nat. V. M.)

VIII. ¿Oís esos gritos desgarradores que cruzan las nubes y que lanzan las madres á quienes degüellan sus hijos entre sus propios brazos? Belén está en consternación, porque la sangre de los inocentes corre á torrentes en las casas, en las calles y en las plazas. Jesús vino al mundo como un rey pacífico, ¿por qué, pues, se llenan de duelo los primeros días de su nacimiento? El mundo ha sido testigo de que algunas veces la ambición ha hecho perecer á una familia entera, y se ha sonrojado de vergüenza y de dolor; pero jamás se viera que para matar á un solo niño se hiciera morir en una ciudad y sus alrededores á todos los niños de dos años para abajo, sólo para satisfacer la ambición de Herodes. Viendo que los magos no querían darle cuenta de su viaje, se dejó arrastrar por sus burlados celos, y para destruir á su temido rival mandó esa horrible degollación. ¡Y á ese monstruo es á quien ha dado la historia el nombre de Grande! Pero el mismo Dios que veló en la cuna de Moisés veló en la cuna de Jesús; y así como se salvó Moisés de las aguas del Nilo, gracias á la hija del rey Faraón, así también, gracias á la hija del Rey del cielo, se salvará Jesús de los torrentes de sangre que inundan las calles de Belén, y el Egipto les ha salvado á entrambos.

Un ángel se aparece á José y le dice: "Levántate y toma al Niño y á su madre y huye á Egipto." —(Math., II, 13).

¡Qué prueba para María! Siempre va con ella el contraste del pesar y la alegría. Por una parte es feliz porque salva á su recién nacido de una muerte segura, y en esto reconoce las promesas que le fueron hechas; pero por otra, ¡cuántas angustias! Oye los gritos desgarradores de las madres cuyos hijos, víctimas inocentes, son degollados á causa del suyo, y huye

en medio de las tinieblas, llevándole en sus brazos. La acosa el temor de verse sorprendida por la vigilancia de los verdugos; se aleja del país de sus padres, único donde se adora al verdadero Dios y se dirige á una tierra idólatra donde se verá obligada á ocultar los misterios que llenan su alma, donde verá ultrajada su fe, desconocido á su Hijo, y donde por fin, no estará segura de ganar el pan cotidiano. Judíos, pobres, sin parientes ni amigos ¿cómo podrán emprender semejante viaje en el rigor del invierno? Una vez llegados á Egipto, ¿de qué vivirán? Pero nada de esto detiene á María que cree lo que le dice José, como ha creído José lo que le dijo el ángel.

Debemos notar que si se hizo á María la primera revelación del ángel, fué por la maternidad divina, que era la causa de ella, sólo á María se refería, mas como quiera que José tenía derecho de esposo, se le apareció el ángel para tranquilizarle acerca del embarazo prodigioso de María. Una vez que fué madre, José vino á ser el padre putativo de Jesús y el jefe de la familia. Para mantener la regla de la autoridad á él se le apareció el ángel, ordenándole que pasase á Egipto; también le hablará á él para ordenarle que regrese á su tierra cuando sea tiempo. No se siente herida, por esto María, que viene á ocupar el segundo lugar en la familia, sino que al contrario honra en José, al jefe de la familia y guardián de su Hijo. Le llama siempre padre de su Hijo y le respeta como esposo, hasta el momento en que le anuncia una revelación del cielo, exigiéndole el sacrificio del destierro. No le hace la natural observación de que podían ocultarse en Nazaret ó en algún lugar oscuro de Judea, ni le manifiesta las dificultades que se les han de presentar en el viaje y durante su permanencia en tierra extranjera. Recibe la orden y se pone inmediatamente en camino.

Parte, esposa y madre, porque al salvar á tu Hijo te salvas á tí misma, y salvas también á Egipto, teatro antiguo y fecundo de idólatras abominaciones. Un día brotará la Tebaida, con sus milagros de austeridad y retraimiento, de los sudores que habrán caído de tu frente y de la frente de José y de las lágrimas fecundas del divino recién nacido. No temas, parte, porque hasta en su sueño vela por tí tu Hijo más de lo que velas tú por El.

Pero ¿cómo vivió en Egipto la Sacra Familia? No lo dice la Escritura. Oculta en la oscuridad, esquivó las pesquisas de la policía romana, ó por lo menos fué considerada como una familia emigrada que, no teniendo medios para subsistir en su país, buscó en Egipto los recursos de que carecía. Su indigencia les sirvió de pasaporte, de techo y de escudo. Maravilloso proceder de la Providencia que nunca falta á los que en ella confían.

¿Dónde están los que nunca se ven abandonados por ella? Vengan acá todos y gritenlo en alta voz. ¡Cuántos hay, sin embargo, que desconfían á la menor contrariedad! ¿Qué será de mí, se dicen? ¿qué haré en lo futuro? Unos temen perder la posición que se han formado con penas y trabajos, otros se atribuyen sólo á sí mismos el buen éxito de sus empresas. ¡Y son cristianos los que así se expresan! ¡Oh! no parece sino que en la tierra son

los hombres otros tantos dioses, puesto que para nada cuentan con el Dios que está en el cielo. ¿Acaso no es la providencia la que todo lo dirige según su voluntad y sin la que no se mueven las hojas de los árboles? ¿Por qué, pues, desesperar los que están en la miseria y desconfiar los que están en la abundancia? ¿Por qué no le dan gracias los que han sido afortunados y han visto secundados sus esfuerzos? No nos dejemos abatir jamás por los contratiempos ni enorgullecer por nuestros adelantos. Trabajemos, porque el trabajo se nos ha impuesto como una ley; pero contemos menos con nuestro trabajo que con la Providencia. Busquemos el apoyo de nuestros esfuerzos en nuestra fe, desconfiemos de la inconstancia de las cosas humanas; y así como el Niño Jesús caminaba en medio de los peligros, durmiendo en el seno de su Madre ó sonriendo en sus brazos, arrojémos también confiados para seguir nuestro camino en brazos de la Providencia.—(Monseñor Pavy, Obispo de Argel, *Mes de María*, psal. IV, v. 9).

ARTÍCULO V

PLATICA XVIII

MARÍA, REINA DE LOS HOMBRES

Hemos recorrido ya la parte del reino de María en que el ángel de la esperanza revolotea al rededor de los dolores que no hemos hecho sino entrever, y podríamos descender á los abismos de la desesperación eterna, cuya puerta, una vez cerrada para las almas malditas, no se abrirá jamás. Veríamos ejercer allí también el imperio de María, porque según uno de los santos Padres: Su nombre, lo mismo que el de Jesús, hace doblar las rodillas, así en el cielo como en la tierra y en los infiernos. Mas ¿para qué hemos de detenernos en ese lugar que no puede refrescar ni fecundizar el rocío del cielo? Dirijamos los pasos hacia un terreno más privilegiado, que es el nuestro, y estudiemos en él con todos sus pormenores el soberano imperio de nuestra Reina.

Tres reinos se dividen esta tierra entre sí. Uno de ellos

encerrado en el seno de ella, contiene todas las riquezas mineralógicas; el segundo, contenido en la superficie, tiene distintos matices; el tercero, está sobre los otros dos con toda la superioridad con que está la vida sobre la muerte y el movimiento sobre la inmovilidad, y comprende desde el inerte zoofito hasta el torpe paquidermo cuyos pasos resuenan en el centro de las selvas hasta que llega el momento en que se apodera de él el hombre, *ser á parte* y rey de toda creación, pero rey vasallo de María, que es la verdadera reina de todo. Fácil me sería probaros esto con más amplitud, apelando para ello al ingenioso talento de algunos escritores santos y sutiles, como Hugo de San Víctor, que descubre la imagen de esta reina en todas las piedras preciosas de la mineralogía, en las plantas más delicadas, en las más arrogantes, en las más perfumadas, pues no háy según él ni un contorno, ni una belleza, ni un perfume, que no esté en María. En todos los animales, desde el águila de orgulloso vuelo hasta el exquisito armiño, halla un bosquejo de María. Hasta la misma naturaleza, en las distintas operaciones que efectúa desde el primer día de la creación, ya obedeciendo sus leyes ordinarias, ya sujetándose á extraordinarios movimientos, figura en cierto modo á María. Ni un sólo átomo del universo se ha movido, ni un siglo ha pasado, ni pueblo alguno ha vivido sin tributarle un culto inconsciente á veces y velado de errores, pero real, profundo, tierno y persistente.

Ya veis cuántas cosas admirables encontraríamos al paso si nos detuviéramos en estos puntos. No lo haremos así, porque no podemos hablar de todo y por lo mismo consideramos el reinado de María sobre los hombres, que es para nosotros lo más importante.

El hombre puede considerarse solo, en familia y en sociedad. Bajo estos tres aspectos es María su reina y su vida. Me concretaré á hablar del hombre considerado ais-

ladamente, y lograré el objeto que me propongo si sé probar que la inteligencia, el corazón y la voluntad han recibido de María la nueva vida que les anima desde la Encarnación del Verbo de Dios. ¿Por qué las inteligencias de otra época y las de hoy, que quieren sustraerse á la influencia del cristianismo, fracasaban antes y fracasan todavía hoy? Porque no encontrando, ó haciendo á un lado las fuentes principales de la vida, pierden la energía que sostiene la existencia. Los principios de la vida nos vienen de lo alto, *a patre luminum*. De abajo recibimos el soplo de Satanás, ó la muerte. ¿Por quién recibió la humanidad la vida intelectual á que me refiero, ó lo que es lo mismo, la verdad, ó sea el Verbo de Dios? En primer lugar por la revelación, pero de una manera efímera, luego por la ley escrita, pero de una manera limitada. María fué la que dándole en su seno un cuerpo que se renueva de una manera mística de siglo en siglo en todos los puntos del mundo, la fijó para siempre entre los hombres. Así fué como se iluminó la inteligencia, que una vez bañada con esta luz, aunque se separe de ella, conserva siempre cierta fuerza que la mantiene en pie, como se mantienen en pie en el centro de las selvas las robustas encinas, aun después de haber perdido la savia que las nutría.

Los tres puntos que permanecieron en la antigüedad como enigma de su esfinge, y que esclareció esta luz, son la *caída*, la *redención* y la *inmortalidad*.

El hombre, creado inmortal, cayó, y de ahí vino la necesidad de una redención hecha efectiva por la sangre de Dios en el Calvario, pero á la que debe cooperar el hombre de una manera eficaz con la inmolación de su propio ser, con el sacrificio voluntario de sus pasiones. Esto es lo que nos conduce á hablaros de la virtud, fruto de este trabajo personal y también de la restauración del corazón de María.

Fácil me es probar mi aserción: ¿Dónde está la virtud

del corazón en las sectas que, conservando el culto del hijo, niegan á la madre el incienso de su amor? No insisto en esto porque ya sabéis cuál es la respuesta.

Además de la inteligencia que ve la verdad y del corazón que la ama, hay en nosotros una tercera facultad, facultad libre por esencia que se une con el bien ó le rechaza según momentáneamente elige. Esta facultad, principio de todos nuestros méritos, se llama la voluntad. Si estuviese en su perfección nativa, fuerte y poderosa, no hay duda que elegiría el bien y rechazaría el mal; pero después de la caída se deja engañar por el corazón y seducir por los sentidos ó vencer por las pasiones; de modo que para que dé como fruto la virtud, que es su hija, necesita de un auxilio, que es la gracia de Dios. María es la que se la proporciona, ya presentándola como una antorcha que reduce la inteligencia, ya como un atractivo que fija el corazón sin violentar la voluntad. La rodea, la solicita, la empuja, por decirlo así, de mil modos, hasta que repitiendo la misma operación de la naturaleza con la gracia, pronuncia por fin el *fiat* que produce, no el Verbo de Dios, sino su hija más querida, que es la virtud.

Termino, hermanos míos. Puesto que Dios ha dado á María una soberanía tan grande sobre nosotros, postrémonos á los pies de nuestra reina y digámosle antes de separarnos de ella la bella antifona que le dirige la Iglesia al saludarla: Dios te salve, Reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve, á tí llamamos los desterrados hijos de Eva, á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre, oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!